



Ilustración base para el cartel de las jornadas en homenaje a Pablo Serrano en Andorra, obra de Jesús Gómez Planas.

PABLO SERRANO, EL ESCULTOR DE CRIVILLEN



D

O

S

S

I

E

R



Antón Castro dirigiendo la mesa de amigos de Serrano durante las jornadas de homenaje al escultor habidas en Crivillen en febrero de 2008. (Foto JAP)

EL ESCULTOR INMORTAL DE CRIVILLÉN

ANTON CASTRO
ESCRITOR Y PERIODISTA

Recuerdo la primera vez que oí hablar de Pablo Serrano. Fue en Aragón, desde luego, a principios de los 80, en la carretera que enlaza Andorra con la Venta de la Pintada. Iba yo en dirección a Ejulve, de donde procede mi familia aragonesa, en concreto de la Masada Azcón o Mas de Diego. Ese nombre, Venta de la Pintada, me hizo pensar en una posada cervantina, y cuando la vi, surtida de longanizas, carne en conserva, ristras de ajos y cebollas, y “ollas podridas”, pensé que allí bien podría haber morado el escuálido caballero de La Mancha. Alguien me dijo: “Ahí está Crivillén. El pueblo de Pablo Serrano”. Ante mi silencio, el conductor agregó: “Sí, sí, hombre, el famoso escultor”.

Pronto entendería lo de famoso: Pablo Serrano (Crivillén, Teruel, 1908-Madrid, 1985) recibía el Premio Príncipe de Asturias de las Artes en 1982, el primero que se concedía, lo cual prueba su importancia y su trascendencia en el arte español del siglo XX, y era objeto de entrevistas y homenajes por doquier. Aparecía casi siempre como un labrador antiguo, como un panadero o un pensador de barba de nieve, frente atormentada y una bata clara, entre sus materiales y sus figuras, e invocaba sus orígenes, el pueblo donde había nacido. En todas las fotos, se percibía que el filósofo del hombre que era, el humanista integral, empezaba en su condición de artesano, de amanuense que se sentía feliz manipulando la materia: el yeso, el bronce, la escayola, el hierro, la escoria de un volcán, el bronce, las tintas o el carbón de un dibujo. Leí una deliciosa entrevista que le hacía Camilo José Cela en *Interviú*, que luego recogió en un volumen titulado *Conversaciones españolas*, y más tarde vi exposiciones suyas, entendí su universo y su excepcional talento para captar la expresividad y la hondura de un rostro, adquirí catálogos y monografías, y supe de su gran sueño: legar su obra a Aragón en un gran museo que tuviese talleres para jóvenes

creadores, un proyecto que, con virtudes y defectos, sería el Museo Pablo Serrano. Falleció en 1985, y algo más tarde también moriría aquella mujer de seda, Juana Francés, que había sido su musa, su compañera y su pintora predilecta, e integrante, con él, del grupo *El Paso*.

Tardé algunos años en entrar en Crivillén. Un día, dirigí el coche hacia allí: quise conocer el lugar empinado donde había nacido el escultor del hombre, el pensador de la materia, el rebelde contra las injusticias, el soñador de un refugio para el pensamiento y la meditación. En el año del centenario del nacimiento del gran escultor, Crivillén ha vuelto a volcarse con su hijo más célebre, con el creador y con el retratista de almas en bronce que vio allí la luz primera, los ritmos en el espacio y la poesía de las oliveras. El Centro de Arte Contemporáneo Pablo Serrano, un empeño del municipio y de la comarca, concebido y desarrollado por Beatriz Lucea, es algo más que un espacio o un edificio oportunista: debe ser el lugar de la creación, el solar de los sueños, el taller para que los jóvenes y los no tan jóvenes trabajen, creen, estudien y se reconozcan en el magisterio inmortal de ese artista universal que siempre quiso comprometerse con su tiempo.